

Eni Pulcinelli
Orlandi

*Un sentido positivo
para el ciudadano
brasileño*

Departamento de Lingüística
Instituto de Estudos
da Linguagem
Universidade Estadual
de Campinas
Brasil

Handwritten text, possibly a title or header, appearing upside down.

Handwritten text, possibly a title or header, appearing upside down.

Handwritten text, possibly a signature or name, appearing upside down.

Handwritten text, possibly a signature or name, appearing upside down.

Handwritten text, possibly a signature or name, appearing upside down.

...Visita en forma simbólica, la reorganización
occidental debe consistir, sobre todo, en reconstituir
la veneración normal de los débiles hacia los fuertes
de acuerdo con una dedicación excepcional de los
fuertes para con los débiles. Esta abnegación con-
tinua sólo podría emanar del sacerdocio positivo al
cual todos mis verdaderos discípulos, tanto prácticos
como teóricos, quedarán espontáneamente
vinculados hasta el momento en que los gobiernos
hayan libremente transferido el mando a los hombres
de Estado regenerados.
(A. Comte, Octava Circular Anual, 1857)

Por lo tanto, la afirmación de que el positivismo es una ideología que se desarrolló en el siglo XIX en Francia y que se difundió por todo el mundo, es una afirmación que no puede ser aceptada sin reservas. El positivismo es una ideología que se desarrolló en el siglo XIX en Francia y que se difundió por todo el mundo, es una afirmación que no puede ser aceptada sin reservas.

Introducción

El fin de esta reflexión no es mostrar qué es el positivismo, sino indicar los desplazamientos que se produjeron en los diferentes discursos positivistas en Brasil y que han formado la ideología positivista presente en la sociedad brasileña.

Analizamos pues, una serie de textos producidos por dos polémicas: (1) la establecida a partir de la confrontación entre Miguel Lemos y Pierre Laffitte; esta polémica muestra la escisión entre el Apostolado Positivista Brasileño y el grupo liderado por el representante del positivismo francés, Pierre Laffitte, sucesor de Comte y considerado "jefe-insuficiente" por Lemos; (2) la de Eduardo Prado y Teixeira Mendes, polémica en que se discute la legitimidad de la bandera brasileña.

Si bien estas dos polémicas serán el objeto (superficie lingüística) de nuestro análisis, ellas se reúnen en torno a la comprensión de un único enunciado que es el resumen de la simbología positivista en Brasil: "Orden y Progreso". Formulado originalmente por Comte, este enunciado, en realidad una máxima, tendrá varias formulaciones entre las cuales la más visible en Brasil es su inscripción en la bandera nacional.

J. Agradezco afectuosamente a Daise Talarico Pupo, bibliotecario del IEL, UNICAMP, y a todos los que me facilitaron el acceso a la Biblioteca Nacional de París

El objetivo final de este trabajo es, entonces, la comprensión del proceso de significación instalado por este enunciado. Para eso nos interesa ver su historicidad; es decir, sus diferentes modos de formulación en los diferentes textos, con el fin de ~~aprehender su especificidad~~, dicho de otro modo, su discursividad. Debemos recordar también que ese enunciado se inscribe en el discurso republicano y que su primera formulación tuvo lugar en la implantación de la República en Brasil:

Por eso, forma parte de las relaciones de fuerza y de sentido que se esbozaban en Brasil en aquella época. Tiene, además, la particularidad de su permanencia; es decir, por el mismo hecho de tratarse de una máxima inscrita en la bandera, este enunciado se mantiene disponible a la lectura de los ciudadanos brasileños y su lectura ya es un gesto cívico. Ese ciudadano se crea por el solo gesto de lectura de la bandera. La interpretación adquiere en este punto un sentido pragmático ~~(matricial) muy fuerte~~.

Por medio del análisis de los efectos de sentido producidos por el discurso positivista brasileño, en su relación con el de los franceses (que tiene como centro a Comte) y teniendo en cuenta sus condiciones de producción en Brasil, trataremos de distinguir algunos procesos característicos de su forma particular de significar.

En suma, queremos mostrar cómo un discurso cuyo origen está relacionado con la tematización enfática de lo científico degenera (por usar una palabra del gusto de los positivistas) en efectos ideológicos variados.

Aquí es preciso recordar qué es lo que entendemos por "ideología" en (Análisis del Discurso, partiendo de la crítica de la ilusión de contenido. No asociamos, en efecto, la ideología a relaciones de clases con sus contenidos ya dados; la consideramos, en cambio, en la perspectiva discursiva; dicho de otro modo, como simulación (y no como ocultación, porque no hay contenidos ocultos o falsos). En virtud de esta simulación hay sentidos que son proyectados en otros, transparencias que son construidas para ser interpretadas por determinaciones históricas que, sin embargo, aparecen como evidencias empíricas. Por esa transposición, la materialidad específica de las condiciones de producción de sentidos es oscurecida (effacée). El efecto interpretación produce entonces sentidos desde un lugar único universalizándolos, estableciendo así la imagen de lo "preciso", de lo "pleno", de lo "único", lo "eterno", lo "definido". Por eso no definimos la ideología sociológicamente sino discursivamente, en el punto de contacto entre lo lingüístico y lo histórico, en el encuentro del simbólico y el imaginario, lo cual nos autoriza a decir que la ideología no es "x" sino el mecanismo de producir "x".

De este modo, la elaboración de un discurso ~~tiene~~ resultados muy

variados. Es interesante observar, en los textos que analizamos, el modo como se fabrica una forma para el ciudadano-brasileño que difiere de la que se elabora para el francés, en el interior mismo del positivismo. Esta distinción será estudiada, como dijimos, por medio de dos materiales de lenguaje (langagiers): la bandera nacional con su insignia "Orden y progreso" y los discursos de la ruptura, Lemós/Laffitte.

Queremos mostrar los recorridos de los sentidos que se desplazan y que adquieren color local en la historia de sus formulaciones hasta la disolución de sus nudos originales y de las distinciones que en el origen fueron provocadas y localizadas. Podemos así apreciar el trayecto por el cual un sentido que se quiere preciso se torna vago y general; es decir, observamos en estos textos el modo por el cual el positivismo pierde su carácter (científico) específico (el que conserva al menos en el medio intelectual estricto) para migrar hacia la consensualidad de la sociedad brasileña, desbordando sus límites y volviéndose sentido común, simple opinión.

Este desplazamiento de sentido tomó, en Brasil, dos direcciones que se articulan: (a) una, utilitaria, refugio de la ambigüedad de las nociones de la doctrina que se presta a las interpretaciones más (teoría) o menos (práctica) conformes con los principios positivistas. En efecto, por un gesto (lectura) simplificador, están los que solo practican lo que les conviene, desentendiéndose de lo que es más complejo; de lo cual resulta una acción moralista, derivada de una filosofía "doméstica" positivista. La otra, (b) militar: el positivismo por su disposición a una firme resistencia pasiva a la anarquía y por su espera fatalista de transformaciones que vendrán a su debido tiempo, de arriba hacia abajo se hace eco de tendencias tradicionales de los militares brasileños. Estos la van a practicar en lo que tiene de "negativo" (y no positivo), absolutizando preceptos relativos. La cooperación natural entre la opinión pública y los jefes fuertes da lugar, en la adhesión militar, al uso de la violencia como acción regeneradora. En el discurso militar, orden no es un estado de lo social, más bien significa represión, reacción.

Para tomar visible este proceso discursivo observaremos en el enunciado "Orden y progreso" un movimiento muy característico de este discurso positivista desbordado: el movimiento que produce la transposición de sus formas en una forma resumidora (sintética), la forma moralista, autoritaria.

Para ilustrar la naturaleza de esta transposición podemos recurrir a la descripción que el novelista Lima Barreto (1915) hace de Floriano Peixoto (el segundo presidente de la República): "su concepción del gobierno no era el despotismo, ni la democracia, ni la aristocracia: era la de una tiranía doméstica. El bebé es inquieto, se lo castiga" (p. 64). Estos deslizamientos de sentido, esta

generalización "doméstica" indiferenciada que acomoda el sentido del positivismo a Brasil está mejor atestiguada por este otro fragmento de la misma novela: "algunos restos de positivismo se habían pegado en esas inteligencias, y una religiosidad especial había crecido en sus sentimientos, transformando la autoridad, especialmente Floriano y vagamente la República, en artículos de fe, en sortilegios, en ídolo mejiendo, en cuyo altar todas las violencias, todos los crímenes eran oblações dignas, ofrendas útiles para su satisfacción y eternidad" (p. 62).

El usar la palabra "degeneración" de los sentidos no queremos decir que los sentidos eran originariamente otros, más "puros". Queremos decir que desde sus orígenes son heterogéneos y producen efectos de sentido que parten (en todas direcciones, tomando sin embargo en Brasil la tendencia moralista.

Los discursos que hoy nos hablan del orgullo del progreso (Kubitschek, Collor), o los que dicen que "el país no puede desarrollarse porque el brasileño no planifica, no tiene disciplina"; o inclusive que "el país es pobre porque no está bien administrado", son discursos que hacen eco de discurso positivista. Del mismo modo, es en esta inscripción discursiva donde nos encontramos cuando circulamos por el dominio del orden, de la disciplina antes que nada, de la obediencia, como lo que les falta a los brasileños para tener una gran Nación. También a ese género de discursos pertenecen las prédicas que tematizan, por ejemplo, el mal uso del dinero público como una cuestión moral (corrupción) y no como una cuestión político-social. En efecto, tanto los discursos que se refieren al brasileño como los que los mismos brasileños sostienen acerca de la política en Brasil pueden ser tomados como síntomas de la definición de ciudadanía que refiere al discurso positivista. La pregunta más interesante es, entonces, ¿de qué naturaleza es el ciudadano brasileño así concebido?

La polémica Lemos-Laffitte

El Apostolado positivista brasileño ocupa un lugar secundario entre los historiadores y ni siquiera es conocido por los brasileños en general. Es considerado marginal y demasiado sectario. En nuestra reflexión, en cambio, lo consideramos un discurso que da testimonio de la práctica significativa del pensamiento positivista en Brasil, en tanto nos permite ver las relaciones de sentido y de fuerza inscriptas en la construcción del imaginario positivista de nuestra historia. Mediante su análisis, podemos mostrar la articulación de las formaciones discursivas (FDs). En realidad, la polémica Lemos/Laffitte

muestra la puesta en juego de una partición interior a la FD positivista, originada por su articulación contradictoria con otras FDs y por vinculaciones heterogéneas establecidas por esta formación con ella misma. Se trata, para nosotros, de mostrar los efectos de sentido producidos por esa partición interna, sentidos que no se oponen sino deconstruyéndose, redefiniendo su dominio, produciendo desde allí el discurso positivista brasileño, caracterizado por el moralismo, el oscurecimiento (effacement) de lo político, de lo jurídico: un positivismo doméstico, casero.

Esta polémica sirve, además, para observar la relación Brasil-Francia y la formación de un núcleo positivista que se aclimata a las condiciones locales brasileñas. A medida que las partes discuten, asignan una forma de positivismo para Brasil, diferente de la forma francesa, manteniendo no obstante sus relaciones y guardando siempre los principios positivistas como puntos de apoyo constantes. A lo largo de la discusión, las nociones de regla y de interpretación serán el objeto de su disputa.

La polémica se organiza en torno a algunos elementos que definen deberes positivos y negativos de la Sociedad Positivista de Río de Janeiro y de los grupos afiliados a ella: (1) no poseer esclavos; (2) no aceptar cargos políticos (durante la fase empírica de transición); (3) o aceptar funciones académicas; (4) no actuar en el periodismo; (5) firmar toda publicación con el propio nombre y asegurar total responsabilidad moral y legal.

Lemos considera esos compromisos necesarios como garantía de regeneración individual, pero también como garantía esencial para con lo público. Laffitte no concuerda con esas exigencias; considera que la regla solo es absoluta para los teóricos dedicados sistemáticamente al sacerdocio.

La confrontación puede resumirse así: de un lado, Lemos acusa a Laffitte de intelectualismo, de ser un jesuita científico, de hipocresía social y de liberalismo; del otro, Laffitte acusa a Lemos de sectarismo, de endurecimiento de la doctrina, de falta de relativismo.

De una parte, el escepticismo (voltaireano) francés; de la otra, el fanatismo brasileño expreso en la veneración de Comte.

La moral tiene un lugar crucial en esta polémica al orientar el debate hacia la mejor forma de relacionar tres componentes del positivismo jerarquizados de manera inversa: para Lemos la relación se hace entre Moral-Filosofía-Ciencia; para Laffitte, entre Ciencia-Filosofía-Moral. Encontramos allí los componentes de la síntesis teoría/práctica.

La sistematización de esta discusión se apoya en temas políticos característicos de la república: la abolición de la esclavitud, la separación de la Iglesia y el Estado, la reforma ortográfica, que tienen como meta la

construcción de la imagen del ciudadano: completo, práctico, moral, racional, progresista y organizado; que es conducido por la mano firme de un jefe fuerte; que la sumisión es considerada base del perfeccionamiento.

Todo lleva a la exaltación del ideal republicano como ideal positivista (no liberal). Desde distintos ángulos, vemos la oposición liberalismo americano/positivismo francés.

El discurso del Apóstolado hace visible un proceso de significación importante. Es, en efecto, en ese discurso donde encontramos más precisamente los efectos de sentidos que indican el pasaje de la ciencia positiva a sentido común administrado por la Moral. Y lo que de ello resulta nos permite comprender el movimiento ideológico de este pensamiento en Brasil, donde la gestión de sentidos en la producción de una tendencia dictatorial de la República no es pequeña. Este rasgo de nacimiento estará presente de varias maneras en nuestra historia política y, en consecuencia, en el modo como los sentidos positivistas marcan una forma para el ciudadano brasileño.

"Orden y progreso": una máxima y muchos sentidos

Los textos de esta polémica son, por una parte, el libro de Eduardo Prado (1903), en el que critica las ideas del positivista Teixeira Mendes sobre la bandera y, por otra parte, tres anexos en apéndice a dicho libro: uno (anexo I) que es el decreto de la institución de la bandera y otros dos (anexos II y III) del propio Teixeira Mendes, en los que habla de la bandera que ha creado y defiende sus concepciones.

¿Cuál es el efecto deseado? Mendes lo explica diciendo que "al contemplarla el ciudadano debe sentir todas las convergencias sociales por encima de las discordias individuales". Continuidad y solidaridad, es decir, unidad en su acepción más amplia, es lo que la bandera debe hacer sentir al ciudadano.

Los desacuerdos son muchos, pero el ataque directo de Prado contra Teixeira Mendes (referido a lo que éste escribe en su "Apreciación filosófica") es hecho en tres puntos bien precisos: (a) desprecio por la tradición histórica; (b) error capital de astronomía, (c) poca preocupación estética.

En lo que se refiere a la historia, los argumentos hacen una correlación entre formas y colores de la bandera y aspectos de diferentes formas de gobierno de Brasil (Descubrimiento, Brasil-Colonia, Brasil-Imperio).

Por medio de la metáfora de la astronomía, Mendes, en el lugar del buen positivista que es, relaciona ciencias exactas y sociología introduciendo, en la

constelación representada en la bandera, la máxima "Orden y progreso", "inscrita en las zonas de los planetas, la fórmula política nos recuerda que esta conciliación del orden y el progreso ya se evidencia en los fenómenos matemáticos, como bien lo atestigua el espectáculo astronómico".

La defensa de la máxima "Orden y progreso" inscrita en la bandera es, entonces, la defensa de la participación del positivismo en el ideal de la República naciente.

Las lecturas de la bandera

Para entender lo que está presente en la discusión de los signos "Orden y progreso" recurriremos a algunas consideraciones de orden lingüístico-discursivo.

Nuestro análisis se apoya en dos aspectos lingüísticos del enunciado "Orden y progreso". El primero es el de ser formulado como una "máxima" y no, por ejemplo, como una consigna. De este modo, se configura así no como un enunciado político sino como un slogan, pues la máxima es una forma de lenguaje tradicionalmente asociada al discurso moral. Esta forma le asigna sentidos y modos de lectura particulares, según veremos. Y un segundo hecho observable es que el enunciado se construye como yunción: la coordinación "y".

La máxima significa a manera de resumen (sintética) apoyándose en el discurso moral; produce sentidos edificantes y prepara para la acción orientada por el sentido común.

De hecho el discurso positivista es un discurso que tiende a la máxima. En eso está su modo más visible de relación enunciativa. Entre la orden y el consejo, como quería Comte, la máxima expresa bien la relación que el positivismo establece con su interlocutor, el ciudadano brasileño.

En lo que se refiere a los efectos en relación con el ciudadano, hay que señalar que la máxima no se presenta como una "ley", sino como una "regla de conducta".

En cuanto a su aspecto lingüístico, la máxima tiene una sintaxis que tiende al arcaísmo. Igual que el proverbio, ella se presenta como "palabra inmemorial, sabiduría venida del fondo de los tiempos" (Grésilloff y Maingueneau, 1984:114). De allí su fuerza comparable al discurso científico: la máxima transporta sentidos universales sin los inconvenientes del discurso científico, pues en ella no se postula la relación verdadero/falso.

En términos discursivos, "y" establece una relación rica en consecuencias

semánticas. Según Pêcheux (1981) "el problema de la coordinación de enunciados parece constituir un problema límite para las teorías gramaticales" (...) Este límite marcaría el imperio de una necesidad de otro orden, más precisamente de "el orden del discurso" en el sentido de Foucault. También háy efectos de sentido importantes producidos por la máxima "Orden y progreso" que derivan del hecho de la coordinación; ésta funciona aquí como una especie de elemento catalizador de diferentes discursos. No intentaremos relacionar la máxima con una proposición. Puesto que puede ser sostenida por diferentes discursos, trataremos de explicitar esos discursos supuestos en los diferentes gestos de lectura.

Lo visible a primera vista es que la palabra "orden" precede a "progreso", estableciendo así una condición con esa misma orientación: si Orden entonces Progreso.

Por la fórmula Orden y Progreso, se afirma el sentido de la medida, el miedo de las multitudes movilizadas en los movimientos sociales, afirmando al mismo tiempo la posición política como atributo de la ciencia y de la razón, la concepción mecanicista de lo social, la eliminación de los más débiles por los (naturalmente) más fuertes.

Según Comte, "el progreso es el desarrollo del orden, y el orden es la consolidación del progreso". Esta conciliación es lo que se dice en la máxima propuesta por Teixeira Mendes como emblema de la bandera brasileña.

La noción de Orden y Progreso tiene el poder de orientar sentidos hacia la dominación de lo social sobre lo jurídico, dando fuertes connotaciones a la idea de libertad.

Si esta es una lectura primera, positiva, es posible pasar de ella a otros sentidos emparentados y que desembocan en (a) la lectura que llamamos "militar-autoritaria", en la que la forma condicional (si/entonces) es leída como una imposición (y no como un reconocimiento) del orden para que haya progreso; (b) la lectura "moralista" según la cual se acusa a las personas de no tener cualidades compatibles con el orden y progreso consecuente; (c) formulaciones que derivan de la formulación positivista y que se caracterizan por un fuerte llamado a la modernidad (progreso), donde libertad y racionalidad se unen, ahora para caracterizar la democracia en vista de un sentido que sería el más auténtico y que, en realidad, es positivista: "sintetizar las aspiraciones liberales del pueblo".

Conclusión

Estas observaciones nos llevan a nuestra conclusión: esta extraña mezcla de moral-religión-ciencia que suprime lo jurídico y lo político en su propio ámbito es lo que ha sustentado el discurso del poder y sobre el poder, en Brasil, desde entonces. Y ese es el sustento indispensable para la forma de nuestros gobiernos totalitarios. Ideas como estas preparan, en los albores de la república, las formas dictatoriales a las que son sometidas nuestras cuestiones sociales y políticas. Esta declinación moralista, cientificista y no directamente política de la máxima "Orden y Progreso" significa particularmente en la relación del pueblo con el poder.

Este discurso del Apóstolado, explicitado en aquel momento de la implantación de la República y sostenido, por otra parte, por lo científico, se convierte en la clave de la interpretación de los sentidos en el dominio político; después de todo, la bandera es un símbolo nacional, expresión eminentemente política, inclusive bajo la forma de la moral positiva, y de este modo universaliza lo que no era más que un modo de interpretación. Si la bandera mantiene su forma y su leyenda, si la máxima se presta a lo difuso de este procedimiento de enunciación, si la clave de interpretación ya ha sido dada por el positivismo, el jefe del gobierno es, entonces, por definición el detentor del sentido de la máxima. Y a lo que él hace y dice se le atribuye la capacidad de llenar el sentido. El sentido de medida, condición de la postura política, es atributo de la ciencia y la razón; por lo tanto, sólo los que tienen capacidad de prudencia y buen sentido pueden ejercerlo: el jefe que se impone.

El pueblo hace eco de la voz del jefe; es decir, la refleja y acentúa. Y a menudo se pretende, y sobre todo en el viejo discurso de la modernidad (que ya era moderno también en el siglo XIX), no hacer política. Esta es la herencia del positivismo. El modo de la existencia de sus ideas se extiende considerablemente, aunque sea de manera latente.

Así es como funciona la máxima en la bandera. El orden no significa imposición sino mucho más que eso: significa el reconocimiento de una organización preexistente y por ello irrevocable.

¿Cómo se relaciona esto con la idea de nación? Por el hecho de que la evolución depende del orden natural, este orden, que supone una unidad, lleva al deseo de nación en tanto unidad que permite una cultura específica. La máxima puede entonces ser leída como un "llamado": una apelación a la emergencia de rasgos comunes a todos (orden), para hacer posible la formación orgánica y original de la cultura del país (progreso).

A través de la idea de "solidaridad" -que reúne al individuo con las clases y los intereses- la nación se define alrededor de exigencias éticas fuertes. Y por medio de la idea de fraternidad, que define las relaciones que configuran el pueblo, efecto del orden natural, el punto de vista del apóstolado positivista se instala igualmente en sus exigencias éticas, que están más allá del individuo pero de conciencia: lo que cuenta no es la ley, sino la religión del nacionalismo. Y a esta confusión entre ideas políticas y artículos de fe se mezcla también lo que estaba de cada lado de la polémica: (Laffitte/Lemos; Prado/Mendes), pues los sentidos se entrelazan, se entraman, se tejen en la misma región: moralismo e hipocresía social, nacionalismo religioso y conspiración, escepticismo y sectarismo (veneración), libertad y dictadura. El consejo y la orden ya no son polarizados como lo fueron en la polémica; son, al contrario, absolutamente inseparables en esta práctica en la cual el político recibe sus sentidos y el ciudadano sus cualidades. Resultado que muestra, tal vez sin que el positivismo que se quiso en el siglo XIX, fuera consciente de ello, un sentido muy particular de la noción de síntesis (de completud).

Los sentidos elaborados en un cuadro teórico específico del discurso positivista van a dar, de manera indistinta, en el dominio moral. Y eso está condensado en un presupuesto presente en todo discurso: la dominación natural y necesaria del fuerte sobre el débil. La completud puede deslizarse hacia el fanatismo y lo relativo hacia lo arbitrario, sin anular, con todo, este principio; el gobierno debe ser fuerte o el fuerte debe gobernar al débil.

Este es el "mensaje" que estará latente en el sentimiento patriótico que inflama el pecho del ciudadano brasileño.

Quedan por hacer algunas observaciones finales sobre el funcionamiento de este "sentimiento" en la lectura del símbolo patriótico que ha sido el objeto de nuestro análisis, la bandera.

En efecto, la lectura de la bandera sintetiza, bien este proceso de significación que intentamos comprender en este trabajo. Nos falta establecer la relación entre la lectura del positivismo y la lectura del símbolo nacional.

La máxima se lee como un principio de base indiscutible donde el sentimiento patriótico se combina con el modo de articulación (en el imaginario positivista) de lo científico con lo político, produciendo el sentimiento de ciudadanía sostenido por la idea positiva de fraternidad, transpuesta al sentido común.

En nuestro análisis, pudimos ver que esta lectura positivista de la máxima produce un sentimiento patriótico con connotaciones moralistas.

Los sentidos construidos por el positivismo van a adquirir una especificidad al ser leídos en la bandera. Hay entonces dos aspectos que importan: el estar escritos en la bandera y el ser leídos. Dicho de otro modo, un aspecto atañe a la determinación del sentido por sus condiciones de producción; el otro, a la concepción misma de la lectura.

¿Cómo se lee un símbolo de la patria? Si se tratara de señales -Orden y progreso- escritas sobre una hoja de papel, en una pared, en un cartel, en un pizarrón, tendrían los sentidos de que hablamos aquí, que los caracterizan como máxima positivista, matizados, ciertamente, por el modo de aparición (por el "dónde"). Al estar escritos en la bandera, el carácter específico de sus condiciones de producción va a significar de un modo particular. El gesto de la lectura -puesto que la materialidad de ese signo lo define como símbolo de la patria- instituye la ciudadanía. El acto de lectura ya es un gesto patriótico y los sentidos que allí se presentan provienen de una formación discursiva positivista.

Lo que hemos tratado de comprender es justamente esa combinación: positivismo, ciudadanía.

Tenemos, de un lado, la materialidad del símbolo con su fuerza productora de sentido, y del otro un ser marcado por su necesidad social, en la cual, históricamente, se marca el deseo de tener una patria, de pertenecer a un país.

Hay así un "lugar" ya establecido para leer, un lugar histórico, o mejor, históricamente determinado, y que es diferente, por ejemplo, para un francés y un brasileño (uno se "siente" diferente delante de la bandera). Esta lectura es posible en virtud de la necesidad histórica del ciudadano de tener una identidad nacional. Esta necesidad produce la posibilidad de sentidos que son función de un cierto orden de discurso, el de los símbolos nacionales, que por lo tanto deben ser leídos según las restricciones de ese orden.

No son, pues, las condiciones de producción empíricas inmediatas las que cuentan. En otros términos, el gesto de lectura se mantiene sin que sea necesario el hecho circunstanciado, empírico, concreto del sujeto que lee para representar su ciudadanía. No es el lector empírico sino el lector histórico quien produce ese sentido. Es una lectura en la que la persona del lector adquiere otro estatuto, cívico, de acuerdo con su lugar de producción de sentidos. Este sentido permanece aun cuando el ciudadano no esté leyendo empíricamente la bandera. La lectura se mantiene sin depender del acto concreto, como parte del proceso de identificación del ciudadano.

Por otra parte, si se mira por la otra vertiente de esa combinación, no se puede dejar de percibir un aspecto igualmente particular. Se trata de la manera según la cual el sentimiento nacional de identificación cívica, inscripto en el

orden de la ciudadanía es dicho por una máxima positivista. El sentimiento patriótico del brasileño está ligado inexorablemente al gesto positivista. También en esto podemos pensar los efectos de esa particular combinación. Por último, debemos decir que estos discursos no pueden ser leídos fuera de sus historias más amplias. En la historia de Brasil, el discurso colonialista es un lugar fuerte desde donde interpretar. Y en la tradición del discurso colonialista es donde podemos comprender lo que significan los discursos que hablan de la sumisión (del orden) natural del débil ante el fuerte. Es en esta formación discursiva donde esos discursos toman sus sentidos. Así, aunque en el siglo XIX Brasil aparece como modelo en cuanto a la solución de sus problemas (piénsese en la separación de la Iglesia y del Estado, la crítica al clericalismo, la implantación de la república, la propuesta de bases para la inmigración), nada de eso pone a Brasil fuera de una cierta perspectiva de confrontación entre el colonizador y el colonizado, pero siempre bajo sentidos particulares, propios del positivismo.

Bibliografía

- Araújo, O. (1896) *Le Mouvement Social au Brésil*. V. Giard et E. Brière, Paris.
- Barreto, L. (1915) *Triste Fim de Policarpo Quaresma*. Olympio, Editora, San Pablo.
- Bellaire, M. (1876) *Considerations sur l'Abolition de l'Esclavage et sur la Colonisation*. Paris.
- Comte, A. (1857) "Huitième Circulaire", en Lemos, M. *L'Apostolat Positiviste au Brésil*, 1884.
- Delepouve, A. (1907) *Deux Séparations de l'Eglise et de l'Etat: le Brésil et la France*. Paris.
- Donnat, M. L. (1890) *Critique de la Constitution Brésilienne*. Paris: Société des eds Scientifiques.
- Gréssillon, A. et alii (1984) "Polyphonie, proverbe et détournement". *Langages*, 73, Larousse, Paris.
- Lemos, M. (1883/1890) *L'Apostolat Positiviste au Brésil (plusieurs rapports)*. Rio de Janeiro.
- Lemos, M. (1888) *Ortografia Positiva, nota avulsa a tradussão do Catessismo positivista de A. Comte*.
- Lemos, M. (1891) *Le Positivisme et l'École de le Play. Lettres sur le Brésil, Réponse aux Times* (1881), Paris, A. Hennuyer.

- Mendes, T. (1903) *Anexos II e III à Bandeira Nacional de E. Prado*.
- Mendes, T. (1885) *Montepio Obrigatório*, Rio de Janeiro, Typographia Central.
- Mendes, T. (1888) *Aboliçionismo e Clericalismo*. Rio de Janeiro, Apostolado Positivista.
- Orlandi, E. L. (1990) *Terra à Vista*. Cortez/Editora da Unicamp, Sao Paulo.
- Prado, E. (1903) *A Bandeira Nacional*. Escola Tipográfica Salesiana, Sao Paulo.
- Pêcheux, M. (1981) "L'énoncé: enchâssement, articulation et déliason" in *Matérialités Discursives*, PUL, Lille.